

NULA DIES SINE LINEA

CÉSAR ALONSO DE LOS RÍOS

Víctimas y verdugos

Andreu Nin resulta una figura atractiva para muchas personas que, en principio, deberían sentir rechazo hacia ella si se atuvieran a razones ideológicas y políticas. Es un fenómeno que ocurre frecuentemente con los anarquistas y con los trotskistas. Siempre me ha parecido llamativo que estos movimientos hayan tenido tan buena prensa en medios «liberales» y en países como Estados Unidos. La razón es clara, a mi entender. Cuentan con la simpatía que provoca el fracaso y las víctimas. Trotski y Durruti han sido iconos que han desbordado los círculos de los simpatizantes. A estos ejemplos habría que sumar otros tan distintos como el de la etarra Yoyes.

El caso de Andreu Nin es «ejemplar» en este sentido. La solidaridad con el personaje puede más que las causas a las que éste se había entregado y que deberían resultar inquietantes para muchos de sus devotos. Quiero decir que la condena de quienes le asesinaron no debería suponer un apoyo a la teoría revolu-

ción del crimen ofrece un material riquísimo para el estudio del estalinismo y la política soviética en relación con la guerra española (ganarla o hacer la revolución), pero en absoluto debe justificar la solidaridad con las causas del asesinado a no ser que el autor, el historiador, esté en ello. Una gran parte de las víctimas de Stalin eran estalinistas y en muchos casos lo seguían siendo hasta la muerte. Conviene recordar *El cero y el infinito*, de Arthur Koestler.

Que el PCE era una sucursal del Komintern es obvio, como lo es que Togliatti mandaba más en la guerra española que Negrín o Pasiónaria. El suicidio en 1942 de José Díaz, secretario general del PCE, fue un asesinato inducido. Este hecho ¿podría convertirle en una figura mínimamente atractiva?

Viniendo al libro, ¿hay en él una especial comprensión de la formación que dirigieron Maurín y Nin? Flota en todo el libro, y no sólo en el título, el perfume del «mito» que se desprende de la víctima y que no resulta tan rechazable en la medida en que no estamos ante un ensayo político, sino ante un ensayo narrativo o, dicho de otro modo, ante la nueva experiencia narrativa que permite un hecho político con toda la carga del género policial. De todos modos, ni siquiera el comportamiento de Nin ante la muerte (la valentía que demostró al no claudicar ante los ejecutores, al no confesarse culpable) debería permitirnos llegar hasta la justificación de su ideología. La valoración de la persona es una cosa. Otra, la del proyecto político. Por supuesto, no es lícito enjuiciar a Nin como a alguien que se propone en primer lugar el enfrentamiento con Stalin. Éste se va a dar como una consecuencia inevitable. No se podría llegar a la conclusión de que Nin fue un anticomunista, ni siquiera, en principio, un antiestalinista. Pretendía representar el comunismo «auténtico». ¿Hay que recordar la obviedad de que Stalin y él estaban en el mismo campo?

Lo que yo agradezco en el libro de Zavala, por tanto, es la parte más literaria, la que tiene que ver con el método utilizado en la «búsqueda» de Nin, lo que tiene de juego, las posibilidades que permite la utilización del ordenador y la investigación tradicional, sobre el terreno. Si la novela de estos momentos reclama cada vez más la ayuda de la historia y del periodismo, ¿por qué no recurrir a la narrativa al intentar hacer historia? En este sentido el «mito» es un aliado de gran eficacia.

Al cerrar el libro me vino a la memoria Bergamín. No sólo estuvo de acuerdo con la persecución del POUM, sino que aprobó el asesinato de Nin. ■

ANDREU NIN ES UNA FIGURA ATRACTIVA PARA MUCHAS PERSONAS QUE, EN PRINCIPIO, DEBERÍAN SENTIR RECHAZO POR RAZONES IDEOLÓGICAS

ción de la víctima, que es lo que ocurre normalmente. La condena del PCE se convierte en un salvoconducto para el comunismo «auténtico» de Andreu Nin.

Estas consideraciones resultan obligadas cuando uno se sitúa como lector -y como crítico- ante un texto como *En busca de Andreu Nin. Vida y muerte de un mito silenciado de la guerra civil*, de José María Zavala, prologado por Stanley G. Payne. Al abrir el libro se deben tener bien diferenciados dos tipos de hechos, cada uno de ellos con sustantividad propia, que no deberían ser objeto de confusión. Por un lado, está la personalidad revolucionaria de Nin, su independentismo, el proyecto del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), sus relaciones con su compañero Maurín, sus relaciones con el trotskismo... y todo eso merece un juicio. Por otro lado está el hecho del asesinato de Nin, que, como nos recuerda Payne, no fue uno más de los 700.000 cometidos por los sicarios de Stalin, reconocidos por los archivos soviéticos, sino un crimen llevado a cabo en España y con la participación del Partido Comunista Español.

Es claro, por tanto, que la elucida-



ANÁLISIS DE LA COMPLEJA PERSONALIDAD DE QUIEN PRESIDÓ LA SEGUNDA REPÚBLICA ENTRE 1931 Y 1936

EL LIBERAL DE LA SEGUNDA REPÚBLICA

NICETO ALCALÁ-ZAMORA, UN LIBERAL EN LA ENCrucILLADA
JULIO GIL PECHARROMÁN
SÍNTESIS, MADRID, 2005
422 PÁGINAS, 23,50 EUROS

RICARDO GARCÍA CÁRCCEL

En la historia maniquea de España hay multitud de personajes polémicos que suscitan juicios bipolares irreconciliables; en función de la ideología desde la que se les juzga. Pocos hay que susciten la unánime valoración positiva de unos y otros. Menos aún, los que, lastrados por un extraño malditismo, generan acres juicios de valor tanto en las derechas como en las izquierdas. Uno de estos personajes ha sido Niceto Alcalá-Zamora, presidente de la Segunda República de 1931 a 1936. La derecha lo estigmatizó tradicionalmente como «liberal», «masón» y «traidor a España», y desde la izquierda, sus propios correligionarios republicanos lo fulminaron con adjetivaciones como la de «caciques», «reaccionario», «clerical» y «traidor a la República». La publicación en 1977 de sus *Memorias* (Planeta, se reeditaría en 1998) supuso un descubrimiento para muchos historiadores prejuiciosos que habían ignorado sistemáticamente la inmensa obra publicada por

Alcalá-Zamora, antes y después de la guerra, y que hoy conserva extraordinaria vigencia. ¿Quién lo puede negar, leyendo sus reflexiones sobre Cataluña en 1919? ¿O sus meditaciones sobre el pacifismo contemporáneo de 1925? ¿O sus disquisiciones sobre las Leyes de Indias en 1935 y 1944? ¿O su incursión en el análisis del pensamiento del Quijote en 1947? ¿O su pasión por la relación entre teatro y derecho en sus textos de 1932 y 1949? ¿O su ahondamiento en el análisis del guerracivilismo hispánico en 1953? En los últimos años, la figura de Alcalá-Zamora empieza a ser revisada con las precisiones correctoras de los cánones azafistas con los que se ha juzgado, desde la izquierda ortodoxa, la Segunda República y la Guerra Civil. El libro que marcó un hito en la revisión de la función histórica de Alcalá-Zamora fue sin duda, el de Ángel Alcalá (Fundación Lara, 2002).

CAPACIDAD INTELLECTUAL. Julio Gil Pecharromán, un historiador experto en personajes de connotaciones polémicas (es autor de la, a mi juicio, mejor biografía de José Antonio Primo de Rivera) y que conoce como pocos la historia de la Segunda República (tema al que dedicó un libro en 2002), aborda la compleja personalidad política de Alcalá-Zamora



con voluntad desideologizadora. La primera evidencia del libro es que no es una biografía propiamente dicha. Hay pocas menciones a la vida familiar de don Niceto. No se ha preocupado tampoco por desentrañar el pensamiento del personaje -los diversos perfiles de su enciclopédica cultura más allá del análisis de las diversas coyunturas políticas en las que Alcalá Zamora se movió, desde su nacimiento en 1877, en Priego de Córdoba, hasta su muerte en 1949, en el exilio en Buenos Aires, triste y políticamente solo. Como por otra parte lo había estado en casi toda su vida. El libro es, en cambio, una excelente disección de la trayectoria de don Niceto, tercero de los hermanos de una familia de propietarios agrícolas, menos ricos de lo que siempre se ha dicho; una trayectoria, pese a todos sus meandros, coherente con los principios de la familia liberal de la que procedía. Una capacidad intelectual portentosa, una brillante tesis doctoral dirigida por Rafael Ureña, que, junto con Gumersindo de Azcárate, fue su mejor maestro; letrado del Consejo de Estado por oposición, con el número 1, a los 22 años, se dedicó a la abogacía, y coincidió, por cierto, en el bufete de Díaz Cobeña, con Azaña; se casó con su gran amor Pura Castillo; a los 23 años, montó bufete propio en el que defendería los intereses en España de la banca Crédit Lyonnais y se lanzó muy pronto a las aguas de la política.

Su punto de apoyo inicial fue Romanones y el primer éxito lo tuvo en 1906 al ser elegido diputado por La Carolina (Jaén). Orador parlamentario excepcional, subsecretario de la Gobernación en 1910, fiscal del Tri-

bunal Supremo, ministro de Fomento y de Guerra con García Prieto, se opuso frontalmente a la Dictadura de Primo de Rivera, cruzó el rubicón del monarquismo al republicanismo a lo largo de 1930, fue encarcelado tras el golpe fallido de Galán y acabó siendo presidente de la Segunda República en la que vivió no pocos calvarios desde la quema de conventos de mayo de 1931 a desencantos constantes y frecuentes enfrentamientos con políticos como Lerroux o Azaña.

HONESTO E INTELIGENTE. El libro de Gil Pecharrómán coincide con el anterior de Alcalá sobre el mismo personaje en subrayar su significado político de liberal regeneracionista, honesto, inteligente, con plena conciencia de sus virtudes intelectuales -lo que le llevó a ser acusado de vanidoso-, ubicado siempre en los diversos partidos en que militó en el espacio del centro-derecha y desde luego representante de la «tercera España», término que él acuñó ya en un artículo de 1937, frente a la trágica bipolarización histórica de nuestro país.

EXCELENTE DISECCIÓN DE LA TRAYECTORIA DE NICETO ALCALÁ-ZAMORA, POLÍTICO AVANZADO A SU TIEMPO, QUE, PESE A TODOS SUS MEANDROS, FUE COHERENTE CON LOS PRINCIPIOS DE LA FAMILIA LIBERAL DE LA QUE PROCEDÍA.

Alcalá-Zamora fue un político avanzado a su tiempo. En 1931 tenía 54 años. Mucho más joven que los Romanones, Lerroux, Melquíades Álvarez, Largo Caballero, Portela Valladares o Alba. Los nuevos políticos republicanos, Fernando de los Ríos, Azaña o Besteiro, eran sólo dos o tres años más jóvenes. Alcalá-Zamora les llevaba 25 años de experiencia política. Al concepto de «tercera España» llegó no sólo desde la óptica del afán de superación del drama de las dos Españas, de izquierdas y de derechas, sino también desde las inquietudes ante el problema de la construcción nacional. Son de obligada lectura al respecto los textos de Alcalá-Zamora sobre el problema catalán en 1912 (págs. 70-71 del libro de Gil), de 1918 contra Cambó (págs. 113 y 121) y, ya en la República, sobre su famoso abrazo a Maciá (pág. 220). Toda una lección a tener en cuenta en la España en que vivimos. Julio Gil comparte con Ángel Alcalá la imagen positiva de la figura de don Niceto, cuyo fracaso, a juicio de Gil, fue el de la sociedad española de la época. Al final, el autor, insinúa que para superar los turbulentos años políticos que le tocó gestionar «posiblemente no estaba suficientemente preparado». Creo que la preparación de Alcalá-Zamora para los procelosos tiempos que le tocó vivir era buena. Me temo que su fracaso no es sólo el fracaso de la sociedad en la que vivió, es el drama de la España liberal que, en este país, históricamente «no ha podido ser», ahogada siempre entre la doble presión de la reacción y de la revolución, entre los miedos de los unos y las impacencias de los otros. Pero esa es otra historia. ■

ALCALÁ-ZAMORA
(EN EL CENTRO DE LA IMAGEN) REUNIDO CON LA MINORÍA PROGRESISTA PARA DAR CUENTA A ÉSTA DE SU CANDIDATURA A LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA, EN 1931

Corrientemente, del decir, del hablar

YA NO HABLAMOS DE LO MISMO. DIVAGACIONES SOBRE EL VUELO DE LOS BÚHOS Y EL ARTE DE TOCAR LA FLAUTA

MANUEL ARRANZ

PRE-TEXTOS, VALENCIA, 2005
258 PÁGINAS, 17 EUROS

FERNANDO RODRÍGUEZ GENOVÉS

Debemos a Ortega y Gasset, entre otras tantas enseñanzas luminosas, una importante distinción entre el hablar y el decir. La expone con gran claridad en *El hombre y la gente*, ensayo materialmente inacabado (¿qué ensayo verdadero no queda irremediablemente inconcluso?), pero ple-tórico de buenas ideas. *Hablar*, lo que se dice hablar, es actividad corriente y moliente, una operación que actúa de fuera a dentro de la persona, y basta con aprenderla, como una destreza o habilidad más, para poder andar por la vida entre semejantes sin perderse del todo. El hablar, entonces, no significa gran cosa. Algo, todo lo más, que hay que procurar dominar, para así poder decir frases y conllevase con los otros. *Decir*, para entendernos, representa un ejercicio distinto y superior: es una operación que arranca desde el individuo y se proyecta hacia los demás. El hablar es cosa nuestra, pero el decir, inicialmente, es sólo mío, de cada uno.

Hablamos, corrientemente, para salir del paso. Nos oímos y, si acaso, nos escuchamos. Pero de comprensión andamos a menudo muy escasos. Comúnmente, porque vamos por el mundo demasiado deprisa, sin pararnos a pensar qué es lo que pasa. Se ha dicho con razón que la reflexión filosófica consiste básicamente en pensarse las cosas, por lo menos, dos veces. Y en hacerse preguntas. Manuel Arranz articula los variados ensayos que componen la presente compilación, justamente: a partir de interrogaciones, pero también de citas, versos, anécdotas, noticias, relatos, cogidos al vuelo, encontrados al azar, sobrevenidos o intencionalmente buscados (la filosofía: el saber que se busca). Toda ocasión o motivo, sea el vuelo de los búhos o el arte de tocar la flauta, se tornan provechosa oportunidad de meditación razonada si en el acto de escribir aspira uno a decir cosas con sentido y personalidad, no sólo a repetir lo que han dicho otros. ¿Qué objeto tiene un ensayo sino éste?

Hablando, pues, no se entiende la gente, necesariamente. Paragonando el célebre aserto orteguiano, diríase que en el hablar estamos, pero en el decir somos propiamente humanos, principalmente, si pensamos lo que decimos. Si los hombres nos encontramos para hablar porque «tenemos que hablar», entonces la situación resulta un tanto forzada. Y así es difícil, y, literalmente insignificante, entenderse. Estos matices esenciales de la comunicación y el entendimiento humanos no se le escapan al autor de este estimulante ejercicio ensayístico: «Y es que todo el mundo sabe de qué hablar cuando ya no sabe qué decir.» Entonces ocurre que no hablamos de lo mismo. ■